



**ACTAS**

IV CONGRESO INTERNACIONAL  
SOBRE ANÁLISIS FÍLMICO

**NUEVAS TENDENCIAS E  
HIBRIDACIONES  
DE LOS DISCURSOS AUDIOVISUALES  
EN LA CULTURA DIGITAL CONTEMPORÁNEA**

**4, 5 y 6 de mayo**

Universitat Jaume I, Castellón  
2011

Iván Bort Gual  
Shaila García Catalán  
Marta Martín Núñez  
(editores)

**ISBN: 978-84-87510-57-1**

Ediciones de las Ciencias  
Sociales de Madrid

# ¿Quién mira (desde) nuestro cerebro?

## Enunciación y sujeto a propósito de las neuroimágenes y la infografía científica

**SHAILA GARCÍA CATALÁN<sup>1</sup>**  
UNIVERSITAT JAUME I

---

<sup>1</sup> El presente trabajo ha sido realizado con la ayuda del Proyecto de Investigación “Nuevas Tendencias e hibridaciones de los discursos audiovisuales contemporáneos”, financiado por la convocatoria del Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación, para el periodo 2008-2011, con código CSO2008-00606/SOCI, bajo la dirección del Dr. Javier Marzal Felici.

*Si existe una ontología del lenguaje,  
desaparece toda semiótica*  
Umberto Eco

El 1 de enero de 1990 el gobierno de George H.W. Bush situó el comienzo de la “década del cerebro”. Ésta supuso un notable auge del interés científico y académico internacional por buscar el origen de lo psíquico en los procesos cerebrales. Si bien esa tarea investigadora vislumbró su origen en el descubrimiento de la psicofarmacología a mediados del siglo XX, encontró su gesto impulsor definitivo en el desarrollo de técnicas de neuroimagen en los años 80. La “década del cerebro” desplazó así a la “década del Espacio” en la que se consolidaron los viajes de la carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética. De este modo el espectáculo cambió su foco desde lo exterior, la potencia y lo inalcanzable del espacio hasta lo más interior, el cerebro y sus procesos cognitivos, terreno igualmente –si no más– enigmático y desconocido. Ya en el siglo XXI la investigación neurocientífica posibilitada por la tecnología de la imagen se propone como marco de todo conocimiento, el prefijo *neuro-* está pasando a anteceder las nominaciones de muchas disciplinas dando lugar a la aparición de términos que trascienden el ámbito de la medicina: neurofilosofía, neuroética, neuromarketing, etc. De todo este escenario nos interesa, ante todo, cómo la introducción de la imagen en la neurociencia está acelerando la consideración de que el sujeto es la imagen de su cerebro y no la elaboración de su discurso. Lo neuronal promete dar cuenta de lo psíquico como si lo subjetivo pudiera reducirse a lo biológico. «El cerebro parece capaz de llevar a término sus tareas sin la participación de un sujeto» (Aprea, 2006: 38). En definitiva, el cerebro y sus imágenes comprometen delicadamente la enunciación tanto de los sujetos a estudio como de las enunciaciones discursivas de las técnicas y tecnologías científicas.

## 1. Notas a por qué el hombre se convirtió en un cerebro

### 1.1. El hombre desligado de su Historia

Si el giro antropocentrista del Renacimiento provoca la eclosión de la noción de hombre ligada a la razón, la Ilustración introducirá su segundo tiempo, su concepción como ciudadano. «El *hombre* fue denunciado como una abstracción apenas fue formulada la Declaración Universal de los Derechos Humanos» (Lefort, 2004: 162). Sin embargo, éstos continuaron invocando al Hombre como *idea*(l) en un intento de representarlo (no otra cosa es la democracia) y de encontrarle un fundamento (no otra cosa es la política, sobre todo, la de derechas). Así, paradójicamente, lo que conquistó el hombre con los derechos humanos no es tanto su condición de ciudadano sino de individuo. En este sentido, con la identidad propia que otorga la individualidad, la universalidad de los Derechos Humanos trata de desligar lo humano de la Historia. Karl Marx<sup>2</sup> en *La Cuestión judía* se preguntaba:

---

<sup>2</sup> Heidegger se planteará que a pesar del privilegio de lo humano para el pensamiento a partir de la objetividad el humanismo no ha podido pensar al hombre. El humanismo también será cuestionado por Michel Foucault, Luis Althusser (para quien el humanismo es un sello ideológico pequeñoburgués que aliena al hombre), Jacques Lacan (el humanismo apuesta por el yo como instancia aseguradora

¿Por qué se llama “hombre”, hombre a secas? ¿Por qué se llaman sus derechos derechos humanos? Constatemos ante todo el hecho de que a diferencia de los *droits du citoyen*, los llamados derechos humanos, *droits de l'homme*, no son otra cosa que los derechos del miembro de la sociedad burguesa, es decir, del hombre egoísta, separado del hombre y de la comunidad (Marx en Lefort, 2004: XXXI)

Sin embargo, la modernidad no estará protagonizada ni por el hombre, ni por el ciudadano, ni por el individuo sino por el sujeto de la ciencia que surgió con Descartes.

## 1.2. Descartes: la mente por el alma

Si bien la tensión entre cuerpo y el alma ha atravesado nuestra cultura occidental, la filosofía cartesiana supone el punto de inflexión definitivo en esta cuestión porque separando para siempre cuerpo y pensamiento inaugura un nuevo modo de entender la modernidad a la luz de la conciencia como matriz de todo conocimiento<sup>3</sup>. Esta separación es la que permite una epistemología pura en la medida que el ego cartesiano, el yo, que se vuelve sobre sí mismo al reconocerse como ser pensante se asegura la verdad de su existencia. De este modo, Descartes retoma el individualismo renacentista impulsado por una subjetividad autotransparente y de una voluntad de autodominio y rompe con la noción aristotélica de alma entendida como forma substancial del cuerpo y la sustituye por la noción de “mente” haciendo equivaler conciencia, esencia y pensamiento. De este modo el yo se entiende como una unidad indivisible (propio de los términos individuo, hombre, persona), autónoma, autorreflexiva, esencial, trascendental y universal.

Ahora bien: ya sé con certeza que soy (*que je suis*), pero aún no sé con claridad qué soy (*ce que je suis*); de suerte que, en adelante, preciso del mayor cuidado para no confundir otra cosa conmigo, y así no enturbiar ese conocimiento, que sostengo ser más cierto y evidente que todos los que he tenido antes (Descartes, Segunda meditación AT IX -19-20: 24)

Así pues, el ego surge del pensamiento pero no del cuerpo, pues es la conciencia, sólo ella, quien legitima el saber mientras rechaza lo corporal en el proceso de conocimiento relegándolo al lugar de objeto. Dicho de otro modo, para afirmar la subjetividad en la conciencia (mente, pensamiento) es necesario afirmar el cuerpo como sede de la objetividad.

Este gesto explica la reducción biologicista que hacen las neurociencias tratando de localizar la subjetividad en el cerebro. Y es que el edificio de conocimiento cartesiano constituye una suerte de desautorización de la cultura y del discurso, pues en la medida en que la conciencia se presenta transparente para el *cogito* se

---

de la estabilidad de la identidad e ignora la naturaleza del inconsciente), y otros pensadores como Roland Barthes y Jacques Derrida.

<sup>3</sup> En la medida que determina tanto la ontología (aquello que responde a la esencia y a las relaciones entre lo que existe y lo que no) como la epistemología (es decir, de las condiciones de posibilidad del conocimiento).

independiza de la biografía, la historia, lo social, la tradición y, por ende, la interpretación.

### **1.3 La conformación de la mirada clínica**

Para leer críticamente el proceder imaginario neurocientífico es fundamental imbuirse en la perspectiva que nos ofrece Foucault sobre la enfermedad, el cuerpo, la muerte y la mirada médica que cambió con el siglo de las Luces. Pues esas coordinadas históricas buscaron esclarecer todo saber oculto, cambiando para siempre las relaciones entre lo visible y lo invisible. En consecuencia, se buscó convertir la medicina en un discurso racional a través del nacimiento de la observación empírica y de la mirada clínica.

El rejuvenecimiento de la percepción médica, la viva iluminación de los colores y de las cosas bajo la mirada de los primeros clínicos no es, sin embargo, un mito; a principios del siglo XIX, los médicos descubrieron lo que, durante siglos, había permanecido por debajo del umbral de lo visible y de lo enunciable; pero no es que ellos se pusieran de nuevo a percibir después de haber especulado durante mucho tiempo, o a escuchar a la razón más que a la imaginación; es que la relación de lo visible con lo invisible, necesaria a todo saber concreto, ha cambiado de estructura y hace aparecer bajo la mirada y en el lenguaje lo que estaba más acá y más allá de su dominio (Foucault, 2007: XI)

A través de la clínica, la medicina controló el cuerpo como objeto colocándolo bajo el dominio de la perspectiva, *id est*, haciendo de él una sintaxis, un atlas anatómico. Sólo así la medicina pudo conformar una nosología, es decir, una serie de descripciones, diferenciaciones y clasificaciones que mantiene estructuralmente ordenado el campo de la clínica, es decir, de la vida y la enfermedad de los sujetos. Pero todo este saber no se presenta neutral sino que comportará una perspectiva simbólica en la medida en que separa lo normal de lo patológico, que prescribe un modo de vida saludable. Obviamente la medicina no es sino un discurso sobre la organización de los cuerpos y de las conductas.

La medicina no debe ser sólo el “corpus” de las técnicas de la curación y del saber que éstas requieren; desarrollará también un conocimiento del hombre saludable, es decir, a la vez una experiencia del hombre no enfermo y una definición del hombre modelo (Foucault, 2007: 46)

Foucault también define la mirada clínica como una construcción occidental que ha necesitado, como toda ciencia, prescindir del sujeto para poder legitimarse.

El hombre occidental no ha podido constituirse a sus propios ojos como objeto de ciencia, no se ha tomado en el interior de su lenguaje y no se ha dado, en él y por él, una existencia discursiva sino en la apertura de su propia supresión: de la experiencia de la sinrazón han nacido todas las psicologías y la posibilidad misma de la psicología; de la integración de la muerte en el pensamiento médico, ha nacido una medicina que se da como ciencia del individuo (Foucault, 2007: 271)

El pensamiento médico modeliza las ciencias humanas —y, en definitiva, la concepción del mundo— en la medida que al concebir el hombre como sujeto de conocimiento ha de invertir su posición para colocarlo en la posición de objeto de saber, es decir, aniquilarlo y colocarlo en la posición de un cadáver —de la que bien dan cuentas series como *C.S.I. (Crime Scene Investigation, Anthony E. Zuiker, CBS: 2000-)*—.

Pero el efecto modelizante de la clínica se debe a que ésta reposa sobre la imagen. No debemos olvidar que el desarrollo del positivismo germinó en y desde lo icónico. La objetividad se ha organizado desde la noción de certeza cartesiana.

Una mirada que escucha y una mirada que habla: la experiencia clínica representa un momento de equilibrio entre la palabra y el espectáculo. Equilibrio precario, ya que reposa sobre un formidable postulado: que todo lo visible es enunciable y que es íntegramente visible porque es íntegramente enunciable (Foucault, 2007: 158)

La mirada clínica tiene esa paradójica propiedad de entender un lenguaje en el momento en que percibe un espectáculo (Foucault, 2007: 146)

El espectáculo, por ende, aparece como naturalmente dado y, como tal, no es necesario añadir ni discurso, ni teoría ni interpretación a tal realidad, sino desocultar la naturaleza a través de la descripción.

La mirada que observa se guarda de intervenir: es muda y sin gesto [...] está vinculada a un cierto silencio que permite escuchar (Foucault, 2007: 145).

De hecho, la mirada detenida y atenta del médico debe abstraerse del enfermo y dirigirse a la enfermedad pero colocándolo como sujeto entre paréntesis. La palabra del sujeto sobre su enfermedad queda adormecida porque para el médico es el cuerpo el que habla y el que él debe escuchar a través de la mirada para organizar un lenguaje racional y un método estrictamente científico. Foucault explica esto con el cambio que se produjo a finales del siglo XVIII en los diálogos que se producían entre el médico y el enfermo. Si antes el doctor preguntaba “¿Qué tiene usted?” ahora, prestado a aplicar su mirada, pregunta “¿Dónde le duele a usted?”. A partir de ahí es la imagen la que acude a dar la respuesta.

#### **1.4 El triunfo de lo cerebral**

Toda esta política de lo visible encontrará su máxima expresión con la aparición de las neurociencias y la conquista del cerebro como eje central de sus investigaciones. El interés por estudiar el cerebro surgió por el descubrimiento de la psicofarmacología a mediados del siglo XX, y fue respaldado por la aparición de técnicas de neuroimagen. El impulso definitivo, como hemos comentado en la antecitada introducción, lo marcó el proyecto Década del Cerebro, una iniciativa que contó con la ayuda de la Biblioteca del Congreso y el Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH) de los Estados Unidos. La “Proclamación Presidencial 6158”, de George H. W. Bush, leída el día 17 de julio, que declaró el día 1 de enero de

1990 el inicio de la “década del cerebro”<sup>4</sup> cobró un gran alcance en el plano académico internacional: gobiernos nacionales, federaciones y sociedades científicas fundamentalmente de Europa y Asia se sumaron a la iniciativa. Se introdujeron las técnicas de neuroimagen funcional en las metodologías, de modo que tecnología, imagen e investigación cerebral trabajaron conjuntamente en un esfuerzo por comprender (observando) cómo el cerebro representa los procesos mentales. Así, la Década del Cerebro acabó suscitando el interés en acercar la neurobiología y la psicología, dando lugar a la Neurociencia Cognitiva investigación experimental que busca verdades empíricas de los procesos neuronales.

Consecuencia de ello ha sido que la década 2000-2010 ha sido conocida como la Década de la Conducta, que se promete correlato pragmático de la Década del Cerebro. Ésta surge de la propuesta en 1997 del Board of Scientific Affairs de la American Psychological Association (APA) a la que más tarde se han ido sumando otras disciplinas de las ciencias humanas y sociales —la lingüística, la economía, la sociología, la ética, la filosofía, las leyes y el derecho, etc.— ahora bien, sin dejar de estar lideradas por la psicología.

Esta imbricación multidisciplinar orienta el sueño de las neurociencias (que se presenta en plural precisamente por su interdisciplinaridad) de que hay continuidad en la conciencia y que una vez localizada, visualizada y comprendida toda conducta (individual, social, histórica, evolutiva) puede comprenderse y controlarse. Esto es así de tal modo que las neurociencias se conciben como un escalón definitivo en la comprensión de lo humano. Tal y como comenta Kandel,

quizá la frontera final de la ciencia -su último desafío- sea la comprensión de las bases biológicas de la conciencia y de los procesos mentales por medio de los cuales percibimos, actuamos, aprendemos y recordamos (Kandel en Martín-Rodríguez *et al.*, 2004: 137)

En definitiva, la ciencia ha urdido la matematización del pensamiento.

Hubo, en el siglo XVII, la emergencia y afirmación de la ciencia matemática de la naturaleza; la matemática se apoderó del concepto, del pre-concepto de naturaleza, y eso nos ha dado la física matemática. Después, digamos que en el siglo XX, tuvimos la emergencia de la ciencia matemática de la vida, si se puede así decorar la biología molecular. Y se nos explica que el siglo XXI, verá la afirmación de una ciencia, de la ciencia matemática del pensamiento, y esto, a partir del estudio de un órgano del viviente, que es el cerebro (Miller: 2008)

---

<sup>4</sup> En ésta se destacaron los siguientes puntos: «(1) el incremento en la incidencia de enfermedades cerebrales y mentales de tipo degenerativo, traumático y congénitas; (2) los avances tecnológicos en microscopía y neuroimagen; (3) avances conceptuales para la comprensión de algunos procesos patológicos así como en el desarrollo de otras ciencias básicas, como por ejemplo la genética o la bioquímica, y (4) avances en disciplinas intermedias como la biología molecular o la genética molecular» (Martín Rodríguez *et al.*, 2004: 134).

### 1.5. El cerebro por el sujeto

Si el cognitivismo queda animado por la consideración del cerebro como lugar puramente biológico que no requiere del concurso subjetivo es porque precisamente considera que el sujeto es, en esencia, un cerebro, que se puede reducir a su biología. De este modo, el cerebro se erige como heredero del sujeto. De hecho, en la actualidad no dejamos de encontrarnos con expresiones que le atribuyen facultades subjetivas: el cerebro dice, sabe, actúa, piensa, trata información, etc., como si disfrutara de una autonomía respecto del sujeto. Ahora bien,

el cerebro ni ve ni es ciego, del mismo modo que los palos y las piedras no están despiertos, pero tampoco están dormidos. El cerebro no oye, pero no es sordo, no más de lo que puedan serlo los árboles. El cerebro toma decisiones, pero tampoco es indeciso. Sólo lo que puede decidir puede ser indeciso. Así, el cerebro tampoco puede ser consciente, sólo la criatura de la que es cerebro puede ser consciente, o inconsciente. El cerebro no es un sujeto lógicamente apropiado de predicados psicológicos. Sólo del ser humano y de lo que se comporta como tal se puede decir de forma inteligible y literal que ve o es ciego, oye o es sordo, formula preguntas o se abstiene de preguntar.

Así pues, el asunto aquí es conceptual. No tiene sentido atribuir predicados psicológicos (o sus negaciones) al cerebro, excepto de forma metafórica o metonímica. La combinación de palabras resultante no dice algo que sea falso, más bien no dice nada en absoluto, pues carece de sentido. Los predicados psicológicos son predicados que se aplican esencialmente al animal viviente en su conjunto, no a sus partes. No es el ojo (y mucho menos el cerebro) quien ve, sino que nosotros vemos con nuestros ojos (y no vemos con nuestros cerebros, aunque, sin un cerebro cuyo sistema visual funciona con normalidad, no veríamos). Del mismo modo, quien oye no es el oído, sino el animal de quien es el oído. Los órganos de un animal son partes del animal, y los predicados psicológicos son atribuibles a todo el animal, no a sus partes constituyentes (Bennet y Hacker, 2008: 37).

La contundencia de esta cita, no hace sino señalar que el cerebro no tiene enunciación. Sin sujeto (de la palabra, del inconsciente y del deseo) no puede haber predicados. Así, la biología no es suficiente: sin discurso no hay nada. No hay cuerpo sin sujeto. Para el psicoanálisis «tener un cuerpo no está asegurado por el hecho de estar vivo. La cohesión del organismo no es suficiente para dar un cuerpo al ser hablante. No hay cuerpo hasta que éste es dicho» (Torres Gijón, 2010 1).

Lo que hasta aquí hemos ido exponiendo nos conduce a la conclusión de que las neurociencias se sostienen insistentemente en la identificación de lo humano y lo cerebral. Se trata pues, de la sofisticación (y de un intento de cumplimiento) del problema cartesiano en el cual la esencia del ser surge de la *res cogitans*, que, en definitiva, *somos nuestro cerebro*. Las imágenes vendrían a ofrecer la confirmación visual de tal correspondencia, evidenciar la certeza cartesiana. De este modo, la imaginería de las resonancias magnéticas permitirán observar neuronas donde antes se observaban comportamientos.



¿Qué nos dicen estas técnicas de nosotros mismos? O, más exactamente, ¿qué nos muestran las imágenes del cerebro producto de su aplicación? Sin entrar en complejos detalles técnicos, podemos decir que las técnicas de imaginería cerebral, tales como la tomografía por emisión de positrones o la resonancia magnética funcional, tienen por objeto establecer la correlación entre una determinada estructura cerebral y una determinada función cognitiva. Para ello, y haciendo uso de una serie de marcadores radioactivos, registran los cambios hemodinámicos y metabólicos que se producen en el cerebro cuando está desarrollando una tarea cognitiva. Los datos obtenidos, son transformados luego, mediante complejos procesos computacionales, en imágenes del cerebro mientras "piensa", "se emociona" o "toma una decisión". Dicho de otra manera, desde el punto de vista neurocientífico, las imágenes generadas por la aplicación de las técnicas de neuroimagen no son otra cosa que imágenes funcionales digitales del cerebro que reflejan las modificaciones producidas en el flujo sanguíneo y en el consumo de glucosa dentro del cerebro. Este sería en principio el significado que habitualmente le otorgan los investigadores en imaginería cerebral. Pero éste no es su único sentido. Una vez que traspasan los laboratorios donde se generan y llegan a los ojos de cualquier observador, su significado es otro.

En ámbitos no expertos, es frecuente observar como las neuroimágenes aparecen acompañadas de afirmaciones aclaratorias acerca de lo que muestran. Por ejemplo las tres siguientes: "este es el cerebro pensando de una persona normal", "estas son las regiones cerebrales activas de un deprimido" o "estas son las áreas cerebrales que se activan en un esquizofrénico". La unión de cada enunciado con su respectiva imagen permite comprender sin demasiada dificultad, lo que en cada caso se está viendo. Se trata de tres tipos distintos de cerebros a los que corresponde tres imágenes cerebrales diferentes. Puesto que las imágenes se diferencian claramente unas de otras, cabría inferir que la técnica aplicada es capaz de identificar tres tipos de cerebros y, por consiguiente, diagnosticar tres tipos de personas: esquizofrénica, deprimida o normal. Dicho de otro modo, si estas tres imágenes diferentes corresponden a tres tipos de cerebros diferentes, estos cerebros han de pertenecer a tres tipos de personas diferentes, puesto que sus cerebros no son iguales. Las imágenes cerebrales hacen pues afirmaciones sobre nosotros en la medida que representan tipos de cerebros. Y nosotros, en cuanto personas con uno u otro tipo de cerebro, estaríamos ubicados en alguna de las categorías establecidas.

En este contexto se hace equívoco diagnóstico con imagen cerebral, imagen cerebral con cerebro y cerebro con persona. (Rodríguez Serón, 2007: 142)

Es decir, se considera que lo subjetivo es un efecto del cerebro, un fenómeno más y no al contrario, tal y como si el cerebro pudiera continuar su curso sin el concurso del sujeto. Aunque lo histórico y lo hermenéutico queden en un segundo plano

respecto a lo farmacológico y lo biológico, no podemos olvidar que todo relato se resiste a la investigación científica, el discurso excede siempre la imagen.

A través de la observación de actividades neuronales no se podrá dar nunca con lo teleológico, es decir con el sentido y la significación que damos a nuestros actos de conducta. Necesitamos, por tanto una perspectiva hermenéutica que dé cuenta de ellos. Así, pues, nuestras experiencias vivenciales no las encontramos en el cerebro, tan solo encontramos sus correlatos neuronales (Apreada, 2006: 38)

Como ya hemos ido avanzando, las técnicas de visualización cerebral han ocupado el interés de la investigación neurocientífica ofreciendo la ilusión de dar imagen a los procesos mentales. De este modo se considera que podrá llegar a representar las emociones, los sentimientos y las decisiones que conforman la subjetividad humana.

nuestro cerebro tiene que ser de algún modo capaz de representar [...] la información [...] Por consiguiente, el estudio de la visión debe incluir [...] también una investigación sobre la naturaleza de las representaciones internas por las que captamos esta información y la hacemos accesible como base para decisiones acerca de nuestros pensamientos y nuestras acciones (Marr en Bennet y Hacker, 2008: 32)

Como podemos apreciar pensar el cerebro como imagen implica considerar que la imagen señala un lugar. Pues como apunta Blakemore «los neuroanatomistas dicen ahora que el cerebro tiene mapas, que se cree que desempeñan un papel fundamental en la representación y la interpretación que el cerebro hace del mundo, del mismo modo que los mapas de un atlas lo hacen para sus lectores» (en Bennet y Hacker: 190).

## 2. ¿Quién enuncia en las neuroimágenes?

### 2.1. La disolución de la perspectiva en las imágenes cerebrales

A pesar de que las técnicas de neuroimagen tratan de hacer del cerebro un lugar habitable para el desciframiento científico, debemos tener en cuenta que eliminan la perspectiva y el principio de realismo acercándose a la abstracción y comprometiendo, así, el pacto de denotación fotográfica. Recordemos que el gesto fundamental de la perspectiva es el de colocar un centro desde el cual confrontarse al horizonte, un centro, por tanto, que supone un observador que determina la visión. Pero, entonces, ante la observación cerebral ¿qué lugar queda al observador sino el lugar de la imposibilidad sólo subsumible por la técnica? No cabe duda, que ante esa imposibilidad se colocará la tecnología en un intento de cumplir la fantasía fundamental moderna de la transgresión del horizonte<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> La transgresión del horizonte como límite simbólico siempre ha sido un tema constante en la ciencia ficción. Ya desde los albores del cine y los inicios de la exploración de lo fantástico con *El viaje a la luna* (*Le voyage dans la Lune*, George Méliès, 1902) pero sobre todo en su edad dorada en los años 50 en los que se consolidará y articulará definitivamente como género, controlado, eso sí, por el poder, siendo un beligerante arma propagandística por la Guerra Fría iniciada en 1945 sobre las

Toda transgresión contemporánea, se origina sin duda en la necesidad de la transmisión instantánea de los actos perceptivos en la que consiste la globalidad informativa, que desde el punto de vista del espectador, identificado al vigilante-agente del panóptico —que es el que cuenta—, se computa como una percepción sin límites, sin coerción alguna. La época de la Globalidad es, pues, la de la superación de la perspectiva. Los satélites de comunicaciones —o los misiles inteligentes— lo que hacen es superar el horizonte, esto es, librar al foco de la servidumbre de su corporalidad (Palao, 2004: 316).

Así pues, si el horizonte delimitado por la perspectiva *artificialis* ha conformado durante siglos la mirada de la modernidad, ofreciendo en cada imagen un lugar habitable para el espectador; la mirada esférica del satélite no sólo trasciende las coordenadas del sujeto ante el horizonte como límite sino que posibilita una mirada para todos. No olvidemos que la posición de la mirada del satélite parece haber sustituido a la mirada divina que se presenta en la cultura visual de Occidente

las neuroimágenes  
atentan contra la  
perspectiva:  
directamente la  
disuelven, ofreciendo  
una imagen plana  
como si se tratara de  
un corte tajante  
sobre el cerebro que  
elimina el lugar del  
observador  
cualquiera

mediante planos cenitales o picados, señalando un lugar privilegiado, de imposible acceso para la mirada humana limitada por la perspectiva *artificialis*. En definitiva, la mirada del satélite no sólo marca la posición de un observador determinado sino de un observador que puede observarlo todo. Pero decíamos en la introducción de este texto que el interés de lo cerebral desplazaría el interés por lo espacial. Las neuroimágenes también atentan contra la perspectiva: directamente la disuelven, ofreciendo una imagen plana como si se tratara de un corte tajante sobre el cerebro mientras elimina el lugar de un observador cualquiera. Ahora bien, en ocasiones la falta de perspectiva se resuelve a través de la infografía que se esfuerza por visualizar

el interior del cerebro y sus funciones hasta erigirlo en espacio habitable donde el espectador puede adentrarse en un viaje imposible trascendiendo los límites de la corporalidad. Ahora bien, aún así estas imágenes se vuelven opacas a la interpretación general. Así, nos topamos con una curiosa paradoja, mientras las neuroimágenes pretenden localizar y explicar todo —incluso se ha llegado a afirmar que Dios está en el cerebro— precisan aún más que otras de un profesional médico —un saber profesional que garantiza poder devenir un saber para todos—

---

cenizas de la II Guerra Mundial. Los films oscilan (cuando no combinan) entre la *space opera* y la invasión extraterrestre: la primera legitima las conquistas imperialistas y la segunda la destrucción del Otro no civilizado y amenazante. Ahora bien, ambas suponen una transgresión del horizonte. Ahora bien, a lo largo de la última mitad del siglo XX el cine de ciencia ficción comienza a aparcar lo espacial y a comenzar lo cerebral.

que las interprete ya que por sí mismas no tienen sentido. Es decir, el efecto de extrañamiento que ellas mismas anidan dificultan la inmediatez de la evidencia y su estatuto de certeza científica.

## 2.2. Si todo lo sabe, él enuncia

Si todo texto se origina desde un sujeto de la enunciación que inscribe sus huellas en la materialidad significativa organizando la producción de sentido ¿qué ocurre cuando tomamos las neuroimágenes como textos? ¿quién se erige voz de esa imagen? Ya hemos adelantado en el primer epígrafe que el narratario, el sujeto que se inscribe en las neuroimágenes nunca es un sujeto sino un cuerpo muerto. Evidentemente, el contexto de producción es el método procedimental clínico científico y la Ciencia se erige como el ente discursivo omnisciente que llega desde la ocularización imposible para el ojo al mismo tiempo que niega su propio acto de decir.

Este rebasamiento de los límites de lo visible, este alumbramiento de lo que es negado al ojo-naturaleza, tratando de ensalzar el poder de la tecnología audiovisual de llegar donde el ojo no puede, lo vemos en el cine en dos escenas paradigmáticas: *El señor de la guerra* (*Lord of War*, Andrew Niccol, 2005) y *El club de la lucha* (*Fight Club*, David Fincher, 1999). El film de Niccol arranca situando al espectador en el punto de vista de una bala en pleno proceso de fabricación hasta disparar a un niño e introducirse en su cerebro. El film de Fincher sigue el proceso inverso. El film comienza situando al espectador en los intersticios de los procesos neuronales de un hombre hasta salir, atravesando su cráneo y su piel hasta retroceder y situarnos en la pistola que lo está apuntando. Las dos cintas proponen un trabajo sofisticado de la ocularización que si bien puede comprometer el proceso de identificación —no olvidemos que la mirada espectral queda alojada del lado de una bala, un objeto— parecen ofrecer al espectador un plus de ocularización que no se traduce en la focalización: se ve más pero no por ello se sabe más. En este punto ¿qué plus ofrece al relato el acceso al cerebro? Evidentemente es un plus de espectacularidad, una manifestación de la potencia de la enunciación pero, a parte de eso, ¿qué función narrativa asume? En nuestra opinión, ninguna.

Sin embargo, la neuroimagen se presenta como una estructura del ser (entendido a éste desde la metafísica de la presencia de corte positivista) atentando contra la palabra. Se considera que el hombre habita (en) el cerebro, que su secreto está en la biología. Ahora bien, como sostiene Umberto Eco «la comprensión del ser viene a través del lenguaje, y ninguna ciencia puede explicar cómo funciona el lenguaje, ya que precisamente a través del lenguaje podemos vislumbrar cómo funciona el mundo» (Eco, 1986: 344) Es por ello, por lo que, a diferencia de las investigaciones

las neuroimágenes proponen el cerebro como el gran enunciador que atesora el secreto del universo y de la vida. Pretenden ocultar que toda mirada (médica) es una construcción

cerebrales, «lo que las investigaciones sobre la comunicación descubren no es una estructura subyacente, sino la ausencia de estructura» (Umberto Eco, 1986: 349). Para concluir podemos arriesgar que en las neuroimágenes es el cerebro el que se propone como el gran enunciador erigiéndose el gran Otro que atesora el secreto del universo y de la vida olvidando que toda mirada médica es una construcción. Así, no sólo los espectadores de las neuroimágenes, como sujetos que nos alojamos en un paradigma científico, somos considerados cerebro sino que éstas también se declaran dirigidas por él. Y es que si atendemos a la narrativa veremos que el sujeto de la enunciación y el sujeto lector/espectador acaban recubriéndose en un juego especular de identificación:

El sujeto de la enunciación que se camufla es un sujeto transcendental en la medida en que hay un espectador para adjudicarle tal categoría; no es sino la transmisión del ojo de Dios desde el artefacto fílmico (el haz de luz proyectado) al ojo físico y real del lector, que lo ha hecho suyo. Se trata del proceso de identificación primario de que hablaba Metz con el propio aparato: lo que ve el espectador, lo ve por delegación [...] es consciente de la ficción al tiempo que pueda apropiarse de ella. Es decir, a ese meganarrador (autor implícito) omnisciente no solo le corresponde un lector implícito en el artefacto [...] sino que, en el transcurso de la representación [...] ambos se constituyen en un solo ente (Gómez Tarín, 2011: 58).

No debemos olvidar que aun en un momento histórico y cultural de desprecio por la particularidad y por el relato- si algo se visualiza es porque *alguien* escenifica para la mirada y *alguien* mira. Todo registro —o producción icónica— busca el signo y, en consecuencia, revela deseos de ficción.

## BIBLIOGRAFÍA

- APREDA, Gustavo Adolfo (2006): “La relación del sujeto con el objeto de las neurociencias” en *Revista de la Facultad de Ciencias Médicas U.N.L.P.* de Octubre de 2006, 37-43, Buenos Aires.
- BENNET, Maxwell y HACKER, Peter et Al (2008): *La naturaleza de la conciencia*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- FOUCAULT, Michel (2007): *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, Madrid, Siglo XXI.
- GÓMEZ TARÍN, Francisco Javier (2011): *Elementos de narrativa audiovisual. Expresión y narración*, Shangrila Ediciones, Santander.
- LEFORT, Claude (2004) *La incertidumbre democrática: ensayos sobre lo político*, Antrophos, Barcelona.
- MARTÍN-RODRIGUEZ, Juan Francisco et al., 2004:137). “La Década del Cerebro (1990-2000): algunas aportaciones” en *Revista Española de Neuropsicología* 6, 131-170, Universidad de Sevilla.
- MILLER, Jacques Alain (2008): “La orientación lacaniana. Curso del 23 de enero de 2008” en el *Blog de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*: <http://ampblog2006.blogspot.com/2008/02/miller-curso-del-23-de-enero-2008.html>.

PALAO ERRANDO, José Antonio (2004): *La profecía de la imagen-mundo: para una genealogía del paradigma informativo*, Valencia, Ediciones de la Filmoteca (Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay).

TORRES GIJÓN, Victoria (2010) "Tener un cuerpo: Uno y Otro" en *X Jornada FCCL Los malestares del cuerpo en la Clínica Contemporánea* en el sitio web [http://www.foropsicoanaliticodeasturias.es/pdf/TenerUnCuerpo\\_VTorres.pdf](http://www.foropsicoanaliticodeasturias.es/pdf/TenerUnCuerpo_VTorres.pdf)

UMBERTO, Eco (1986): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Lumen, Barcelona.